

HOJAS
DE MIRTO

Novela original

DE

Ernesto D. Loiscan.

BUENOS AIRES.

IMPRESA DE LA "REFORMA" PERU 101 Y 103,

1859.

DEDICATORIA

Oh mi querida hermana.

Al ofrecerte este insignificante trabajo, solo he querido mostrarte que aun en medio de mis ocupaciones, jamás el grato recuerdo de tu cariño se separa de mi corazón. No creo que él sea un don precioso, pero sé que lo recibirás sin estimar su valor intrínseco sino el buen deseo que me anima; se que olvidarás sus defectos para solo pensar en una que otra chispa de injenio que en ella encontrarás desparramada.

Tal vez una lágrima surcará por tus mejillas al leer las *Hojas de Mirto*; si, lo sé, los que han sufrido, los que sufren como nosotros, sabrán comprender esos ayes del corazón. Esas páginas tal vez son el reflejo de mi alma, amargura,

llanto, soledad; tu que nunca recibiste las caricias de una madre, que apenas tuviste el tiempo de recibir las de un padre, bañadas en amargo llanto, comprenderás ese sufrir causado por la viudez del alma, por la falta casi absoluta de impresiones tiernas.

Tu que sabes ¡ay! lo aciago que es este mundo para nosotros, que sabes el porvenir que tenemos ante nuestra vista, comprenderás porque esas páginas respiran llanto, amargo llanto salpicado de algunas escasísimas ráfagas de alegría;

¡Hemos sufrido tanto!

Apenas nos es dado comprender lo que es felicidad; la esperanza apenas tiene cabida en nuestros lacerados corazones.

Esperar! ¡ay! esperemos; que la esperanza es la religión del desvalido;

III.

esperemos, que la esperanza es el alimento de las almas angustiadas. Si....
esperemos!

Para los desgraciados el llanto es placer.

¡Lloremos y esperemos!

Tu hermano.



HOJAS DE MURTO

POR

EL MULATO.

—

Introduccion.

I.

Hay momentos en que el corazon late tristemente, sin que nuestra imaginacion pueda sujerirnos una sola razon para dar causa real á aquellos movimientos; sea ilusion ó sea que aquella misma tristeza nos muestre los acontecimientos ordinarios de la vida, al travez de un prisma negro que presta sus fúnebres colores a todo lo que nos rodea, ello es, que cuando nuestro ánimo se encuentra conmovido por estos sentimientos, no tardamos en ver realizados, aquellos avisos del alma que en el primer momento no podemos explicar

por medio de algun acontecimiento que afecta nuestro corazon.

Una de las hermosas tardes de abril, en momentos en que el sol iluminaba de lleno la céleste esfera escenta de toda nubecilla, habiame quedado estasiado, contemplando aquel cielo que se me presentaba puro, y aquel sol que aun lejos de la hora en que iria á ocultar su cabellera, semejante á una cascada de oro y brillantes, esperramaba la luz que á raudales derrama sobre el mundo.

Eran pues, las doce del dia.

La vista fija sobre algunos árboles que vegetaban en un pequeño huerto que cultivaba por mero entretenimiento, contemplaba los gilgueros que atraídos por el frescor y el canto delicioso del ramaje sacudido por las tibias brisas de aquella hora, jugueteaban saltan-

de de rama en rama y haciendo oír de vez en cuando, sus melodiosos trinos.

El movimiento del mundo llegaba hasta mi oído apagando todos esos sonidos delicados y misteriosos con que la naturaleza enternece el corazón de los mortales en las horas en que cesando el ruido desacorde que producen los hombres ocupados en sus especulaciones ambiciosas, los que nadan en el oro; y en buscar el pan para sus hijos los que solo cuentan con el producto del día, para hacer menos dolorosa la miserable vida que arrastran.

Como se vé, todo era alegría á mi rededor, todo debia inspirarme ideas alegres ó por lo menos sumirme en la indiferencia ó apatia propia de aquella hora.

Sin embargo, mi corazón murmuraba sonidos muy semejantes á un lastimero

suspiro ó á un grito de dolor, pero un grito meláncolico, como esos que arrancan los grandes sufrimientos cuando han llegado á su apogeo.

Permanecia á dormecido en aquella deleitosa tristeza por que tambien la tristeza nos deleita á veces, cuando fui interrumpido por el sirviente que entrando bruscamente, vino á arrancarme con sobresalto de aquel estado de languidez.

--Que se te ofrece? preguntele incomodado.

Pero él permaneció mudo.

Entonces levanté mis miradas y no pude menos que asombrarme de su aspecto.

Los labios le temblaban, su respiracion era trabajosa y se dejaba ver que á su pesar permanecia silencioso.

—Habla pronto; que se te ofrece? repetí esperando su contestacion con impaciencia.

—Es que, señor....no me atrevo.... es terrible! ¿quien lo hubiera pensado!....

—Por Dios acaba ¿que sucede? ¿que hay?... dilo pronto.

--¡Oh! es terrible, es terrible! el señor Raoul....

--Qué? qué le ha sucedido? dije con angustia, presumiendo la dolorosa noticia que aquel iba á comunicarme.

--Acaban de venir á avisar....

--La ha sucedido alguna desgracia?

—Ha ...muerto!....

--Muerto! muerto Raoul que aun ayer lo he visto bueno! eso es imposible, tu me engañas.

—Pero, señor, su mismo sirviente ha venido á llamar á Vd. para saber lo que en esta ocasion tiene que hacer.

—Muerto, Dios mio, muerto!

—Si, señor, muerto.

—Está ahí el sirviente?

—Si, señor.

—Dile que entre, quiero cerciorarme, quiero que él me repita lo que acabo de oír.

—Era de esperarse, Dios mio, aquella naturaleza profundamente afectada, no podia resistir por mucho tiempo á la pertinaz melancolia que se habia apoderado de su alma. ¡Desgraciado Raoul! y ha llevado á la tumba el secreto de su muerte sin querérmelo confiar, á mi que lo amaba como á un hermano, como un padre ama á su hijo.

Conformémos con su muerte; este mundo no podia ofrecerle mas que dolores, y Dios, escuchando sus fervientes votos, lo ha llamado á él; sí, el hombre que ha sufrido lo que ha sufrido Raoul en esta vida, debe recibir un premio espléndido en aquella otra donde no se

conocen los vicios, ni las ambiciones bastardas.

En aquel momento entró el sirviente conductor de la fatal nueva, y me confirmó en lo que ya me había dicho el mío. Entonces, sin esperar más, tomé mi sombrero y me dirigí precipitadamente á la mansion de luto donde me esperaba el cadáver de mi amigo.

II

Antes de pasar más adelante, diré en cuatro palabras quien era Raoul.

Cuando yo lo conocí, tenía veinte años.

Hasta esa edad demostró los mismos gustos, los mismos sentimientos de todo jóven. Pero derrepente vimos con asombro que su rostro tomaba un aire de melancolia indefinible; se volvió meditabundo, y muchas veces en medio de nuestros placeres, lo vimos incli-

nar la cabeza como una flor próxima á morir, y permanecer así horas enteras sumido en una terrible indolencia. —

Recien entonces comenzamos á comprender aquella naturaleza en todo distinta á la nuestra.

Raoul era uno de aquellos seres que pasan por la tierra dejando gravados en el corazon de los que lo rodean, recuerdos indelebles; uno de aquellos entes para quien la vida es un encadenamiento de tiernísimas ilusiones que santifican dándoles una existencia real, con ese sublime idealismo que hace percibir un mundo de poesia en los objetos materiales que nos rodean, dándoles un colorido ó una existencia celeste que solo sus corazones privilegiados saben comprender. Poseia ese tacto exquisito para percibir en medio de mil, el corazon que armonizaria con el suyo, ha-

ciendo vibrar las fibras delicadas de su amor.

Pero para él, el amor no solo residia en el corazon de la muger; no hacia distincion entre un amigo sicero y la muger que hubiera sabido conmoverlo. Amaba, porque amar era una necesidad de su existencia, porque el dia que no hubiera tenido un ser en quien depositaa el tesoro de ternura que encerraba su corazon, hubiera muerto.

Cuando nos apercibimos del desarrollo de estos sentimientos, Raoul desapareció sin que hubiéramos podido averiguar el sitio donde se habia ido á ocultar; durante esa ausencia acaecieron los acontecimientos que el lector verá mas adelante escritos por el mismo, y que no podrá leer sin compadecerlo.

La opresion en que sus pasiones habian vivido por respeto á la sociedad, hicieron que aquellas se desbordaran en un momento dado, mostrándole un mundo de delicias, donde todo era placer y expansion, y se volvió contemplativo, salvando de un solo paso los umbrales que lo separaban de la vida de hombre, arrojando en un solo suspiro los dulces recuerdos de la infancia que para él habia durado hasta aquel dia.

Entonces para él no fué un misterio el perfume de la flor, ni los débiles resplandores de las estrellas, porque toda la poesia de aquellos séres encontraba éco en su tierno corazon.

Era en fin uno de aquellos séres indefinibles que se presentan á nuestra vista, rodeados de una aureola que sin deslumbrarnos, nos recrea y deleita; en quienes presentimos, como se presente

la bonanza despues de una desastrøsa borrasca, un alma tierna, amante, que daría su vida por una sola mirada de amor, húmeda de deseos, despidiendo el delicado perfume de la pasion.

Sus miembros débiles, la palidez mate de su rostro, y su aspecto enfermiso, nos vaticinaba una muerte prematura— y no podia ser por menos, para vivir hubiera sido preciso que nunca careciera de otro ser semejante á él de quien hubiera sido amado, y el amor como lo soñaba es una planta exótica en el mundo.

A la vuelta de su viaje, lo veíamos muchas veces hacer cortos paseos bajo los árboles, y despues como si se hallara estremadamente fatigado, iba á sentarse al pié de un ombú que había hecho plantar en medio de la quinta donde residia, primer cosa de que se

ocupó á su regreso. Y allí contemplando el firmamento que él sin duda, sabia poblar de seres fantásticos que le ofrecían un paraíso en una de esas miradas de amor que dejan el alma estática, como suspendida entre el cielo y la tierra, permanecía hasta que la humedad de la noche lo arrancaba de aquel éxtasis

Nunca, durante su vida, á pesar de todos mis ruegos, quiso confiarme el secreto de su existencia, encerrado en aquellos pocos meses de ausencia; pero ese secreto no fué con él á la tumba; en el último momento de su vida, me hizo depositario de él.

Ese secreto es la historia que voy á dar á los que se dignen fijar sus miradas sobre estas pobres páginas. Todos los personajes han muerto, y creemos que no haya ninguno que pueda reclamaros el honor de su familia.

III.

Un cuarto de hora despues, me hallaba en casa de Raoul.

La casa-quinta que habia elegido para su morada despues de su misterioso viage, estaba situada lejos del ruido de la ciudad. El aspecto de aquella mansion de tristeza, era risueño, lo que prueba que el ánimo abatido no siempre necesita rodearse de objetos melancólico; basta su misma tristeza para vestirlo todo de ese tinte sombrío que armoniza con el estado de su alma. Sin detenerme á contemplar los objetos que me rodeaban, me introduje precipitadamente en el aposento donde mi desgraciado amigo habia dejado escapar su último suspiro.

Ningun ruido turbaba la tranquilidad de la muerte, todo era silencio. Raoul yacia sobre su blanco lecho con

el rostro medio cubierto por las muselinas de las colgaduras; cualquiera lo hubiera creído dormido. Su muerte debió haber sido tranquila; sobre sus labios habia quedado impresa su última sonrisa. lo que demostraba el júbilo con que debió haber recibido la muerte. Las manos cruzadas sobre el pecho parecian dar gracias al Eterno.

La vista de aquel cuerpo inerte que e dia antes habia visto aun lleno de vida conmovió mi corazón, y dos lágrimas rodaron ardientes por mis mejillas. El recuerdo de los dolores de aquel ser desgraciado, cuya vida habia sido un continuado tormento, arrancó de mi comprometido pecho un débil suspiro.

Después de haber desempeñado los últimos deberes que me imponia la santa amistad que nos habia ligado, me dirigí á su escritorio con el objeto de or

denar sus papeles para remitirlos á su familia, que se hallaba fuera del país.

Lo primero con que mis miradas chocaron, fue una carta en cuyo sobre se hallaba escrito mi nombre.

Su último recuerdo habia sido para mi!

Rompí el sello con precipitacion esperando que allí encontraria la solucion del problema que inutilmente habia buscado durante la existencia de Raoul, y leí lo siguiente, deteniéndome de vez en cuando, para enjugar las abundantes lágrimas que velaban mi vista.

Querido E * * *

“Muchas veces cuando has visto pintada en mi rostro la profunda tristeza que lentamente iba carcomiendo mi existencia, me has preguntado con ese tanto interés de la amistad, la causa de mis dolores. Entonces guardaba si

lencio, porque ese secreto no me pertenecía entero, pero hoy que la única persona que pudiera haberme reclamado su parte ha dejado de existir, voy á depositar en tí ese mundo de recuerdos, gratos unos y profundamente dolorosos otros.

Todos ellos se hallan encerrados en aquellos pocos meses de ausencias, en que buyendo de las trabas de la sociedad, porque ellas me hacian padecer horriblemente, fuí en busca de otros dolores que hasta entonces habia desconocido, y que minan el corazon de un modo espantoso. Y cosa estraña, esos dolores me han dado vida, sin ellos ha mucho tiempo que reposaria en el silencio de la tumba.

En el segundo cajon del escritorio, debajo de todos los papeles, encontrarás un pequeño cuaderno obra de mi

mano, el cual te pertenece **esclusivamente** á tí; en el hallarás el fatal misterio que ha hecho amarguísimo mi tránsito por esta vida. Si la lectura de aquellas páginas arranca algunas lágrimas, como no lo dudo, á tu tierno corazón, recuerda para consolarte, que en ese momento estaré gozando cerca de la muger que amo, la inefable dicha de la vida.

Guarda esas páginas que son el único tesoro que puede legarte tu amigo: en ellas he gastado todos los fulgores de esta vida próxima á extinguirse. El haber hecho revivir mis recuerdos ha apresurado mi fin, y por ello doy nuevas gracias al Eterno, porque para mi, en el estado que se halla mi alma, la muerte es la vida.

El resto de mi existencia despues de los acontecimientos que leeras, tu lo cono-

ces bien. En cuanto al hombre que borró con sangre el bello cuadro de la dicha que estuve cerca de disfrutar, ha dejado de existir consumido por sus horribles remordimientos.

¡Yo lo perdono, como lo perdonó *ella!*....

Sobre mi cuerpo encontraras un pequeño medallon, que encierra algunos jazmines secos, te suplico hagas de modo que ellos me acompañen en mi última morada.

Adios: no llores la muerte de tu amigo, porque va a ser feliz, feliz como no podía serlo en el mundo.

¡Voy a unirme a *ella!*!”

IV.

Han transcurrido muchos años después de aquellos fatales acontecimientos, y como hemos dicho antes, no

hay nadie que pueda reclamar sobre el secreto que voy á descubrir

Ese secreto es el manuscrito de Raoul.

El es la historia que os he prometido.

Helo aquí.

El mulato.



Hojas de Mirto.

I.

Yo habia venido al mundo para gozar!

Así pensaba mi corazón de veinte años, cuando las miasmas asquerosas del mundo no habian corrompido aun las causas de las tiernas sensaciones que á esa edad hacen palpitár dulcemente el corazón. Todo lo veia al través de un prisma delicado que me presentaba el mundo lleno de encantos. Todo lo que era sublime, tierno ó sensible, sabia comprenderlo mi alma pura

aun, y esos sentimientos ¡esquisitos que nos regala el que mora en las regiones eternas, y que el mundo nos arrebató uno tras otro, como el ciezo arrebató las hojas de una rosa en una tarde de primavera.

Sin embargo, mi corazón no había recibido aun ninguna de esas impresiones profundas que deciden los destinos de nuestra vida. Hasta entonces había permanecido tranquilo, como las aguas de un arroyuelo en medio de un día de verano.

Todo era calma !

Las horas de mi vida se deslizaban tranquilas por una suave pendiente a cuyo extremo veía la felicidad que me tendía los brazos. Ni aun siquiera presentía que pudiera haber otros dolores que los materiales; la naturaleza entera me sonreía, y en medio de mi

embriaguez, me creia dueño del mundo. Toda la felicidad imaginable, aun llegando á lo imposible, la acumulaba encesuecido para brindársela á mi alma, que apenas se conmovia. Y sin embargo, habia un vacío en mi corazón de que no podía darme cuenta, sentia una infinidad de deseos indefinibles pero llenos de un *no sé qué* que halagaba mi imaginación. Yo soñaba, pero soñaba un imposible á que mi mente no alcanzaba á dar formas determinadas, deseaba, pero ¿qué deseaba?... Nada! Nada! era un instinto vago que entonces no comprendí, y que después los acontecimientos, á costa de mi tranquilidad me han descubierto.

Y yo; ay! vivia sin presentir más porvenir!

Era feliz, ningún tormento martirizaba mi alma, pero esta languidicia de

hora en hora, sin que siquiera me fuera dado conocer las causas. Ya los placeres no tenían atractivos para mí, el mundo comenzaba á parecerme desierto; todo lo que sentia era vago é indefinible, pero todo melancólico.

Y yo joven é inesperto, dejábala mercarse lánguidamente por esas brisas vespertinas que anuncian la llegada del dia, en la vida del hombre. Era el único placer que me era dado gozar; allí únicamente encontraba una gota de esa felicidad que habia estado bebiendo á grandes sorbos, cuando apenas sabia lo que era la vida.

Mi cuerpo se consumia á la par de mi alma, sin comprender las causas y sin oir una voz amiga que me arrancara del borde de aquel precipicio donde pronto me arrastraria mi inespereincia.

Sufria mucho!

II.

Los doctores que así como saben curar los males del cuerpo, descubren á veces los del alma, me aconsejaron que me alejara de la sociedad, porque la sociedad me mataría. Yo deseaba vivir porque era joven y porque presentía un otro mundo, do se vive con el alma, donde los placeres eran distintos de los que hasta entonces habia gozado. Por eso oí el consejo de aquellos hombres que estaba en perfecta armonía con mis inspiraciones.

La soledad! el silencio!

Hé ahí el único deseo que entonces abrigaba; por eso lo busqué, por eso me alejé del mundo.

Pero aquello era un nuevo combustible que daba nuevo incremento al fuego que consumía mi existencia.

Allí en medio de los bosques ó cru-

zando por desiertas praderas, un instinto fatal me arrastraba con férrea mano, ante la imájen de mis deseos. y yo dabales pábulo porque allí encontraba algunos momentos de reposo que yo llamaba felicidad; pero cada gota de este bálsamo, me arrancaba un año de mi vida, porque al volver á la realidad necesitaba hacer un esfuerzo supremo para contener mi espíritu que queria volar hácia las regiones sceletes.

Si cruzaba el bosque, á cada paso encontraba cuadros que mantenian suspensa mi imaginacion; allí una amorosa tórtola que acariciaba su amante; allí un lirio que doblgando su talle, parecia pedir un beso á las brisas.

Aquellos cuadros me estasiaban pero sin poderme dar cuenta del por qué. Al fin me desprendia de allí desesperado é iba á buscar el silencio de las in-

mensas praderas de que me habia rodeado; pero allí el recuerdo de aquellos besos, iban arrancando una á una las gotas de sabia que aun daban una débil fuerza á mi cuerpo estenuado ya, y pronto á doblagarse como el lirio que venia de contemplar.

Me habia resignado á morir, era la tumba mi eterna esperanza!

III.

Yo hubiera podido ser feliz! me decia á cada instante, presintiendo cerca el dia en que dejaria este mundo, donde habia podido hallar ese algo que onhelaba mi alma.

Esperando la muerte por momentos, sin que su idea me atormentara porque ya no deseaba vivir, me arrojé en brazos de una infinidad de deseos, esperando hacer menos amargos los últimos momentos de una vida que no habia sa-

bia hacer feliz. Vivía en el bosque, porque en el bosque moraban esas misteriosas armonías tan llenas de encanto, que arrullan el alma con más dulzura que la amorosa madre la cuna de su hijo.

Cuando era feliz y vivía en el mundo material, nunca había podido creer cosas, que creía locuras de la entusiasta imaginación de los poetas; pero entonces comprendí que allí había algo que permanecía oculto para los dichosos. Los bosques consuelan, pero no alegran, verdad es que aquel consuelo es fatal como la sombra del nogal; nos adormece por grados hasta que nos arrebata el último aliento vital.

De día en día sentía mis fuerzas disminuir, y veía llegar ese momento como el término de mi desdicha. He dicho ya que los últimos momentos de mi vida los pasaba en un bosque cercano

á mi retiro. Allí desde que Febo estendia sobre el mundo los risos de su cabellera de oro, hasta que iba á ocultar en el ocaso, el dolor que le causaban las miserias de este mundo que á su paso habia presenciado; me estasiaba contemplando esas escenas de amor, de que hace poco caso el mortal feliz, pero que vé y comprende el que vive de deseos.

Aquel misterio que me rodeaba, atraia mi alma como el iman al acero. Todo era amor; en todo veia pintado este dulcísimo sentimiento; hasta en las hojas de los árboles que se chocaban veia yo caricias.

Las flores amaban, los árboles amaban, las aves amaban, y hasta las brisas me parecia que amaban. Este nuevo mundo que mi mente se forjaba, mundo de amor y delicados sentimientos, me ha-

cia presentir una nueva vida tambien de amor, y donde podria ser feliz. A medida que se acercaba mi fin comencé á comprender los deseos de mi alma ya no eran vagos; necesitaba amar; ¿pero dónde encontrar la muger que me supiera comprender?

¡No, es mejor morir! me decia en aquellos mementos.

V.

Un dia, dia que siempre recordaré con dolor, porque hizo nacer en mi el deseo de volver á esta vida donde solo he encontrado sinsabores, amanecí mas débil que de costumbre; quise dirigir mis pasos al bosque pero las fuerzas me faltaron. Un rayo de alegria cruzó por mi mente; la muerte me tendia la mano! Híceme conducir al bosque, porque queria morir alli rodeado de todos sus

encantos y aspirando esas brisas de amor que tanto dilataban mi alma.

Recostado á la sombra de un corpulento sauce, cuyo tronco bañaba un arroyuelo, cuyas cristalinas aguas parecían acariciarlo, contemplaba aquellos queridos árboles cubiertos de aves de variadisimos plumajes. Todo comenzaba á vivir, los rayos del sol cruzando ténuemente por entre el espeso ramaje, daban nuevos encantos á los tiernos cuadros que embriagado contemplaba.

Hacia una media hora que estaba allí viviendo de la vida de mis tiernos compañeros, que trinaban tristemente como si quisieran acompañar á mi alma; cuando fuí arrancado de aquel éxtasis, por el ruido que hacian algunos ginetes al cruzar una senda que corria cerca del sitio que habia yo elegido para mi descanso.

Mi primer movimiento fué alejarme, porque todo lo que pudiera traerme recuerdos del pasado, me horrorizaba; pero cuando me preparaba para hacerlo así, se abrió el ramaje de los árboles que tenía ante mí y de entre sus verdes ramajes se destacó la figura divina de un ángel; en sus frescos labios vagaba una sonrisa celestial; sus pupilas despedían rayos divinos que dieron nuevo calor á mis venas.

Hiné la rodilla en tierra y juntando las manos, contemplé embriagado aquella celeste aparición que continuaba acercándose á mí, sonriendo siempre. Mi corazón latía violentamente, como no había latido hacia mucho tiempo; yo vivía en sus miradas; me parecía que mi alma acababa de dejar el mundo y que aquel era el primer ángel que encontraba al aproximarme al Cielo.

—Quien sois? quien sois? dijeron mis labios instintivamente cuando se halló al alcance de mi débil voz.

—Jóven, podriais indicarnos el camino que conduce al cercano pueblo; dijeron aquellos labios de donde esperaba oír un language distinto del que habia conocido hasta entonces.

Estas palabras me hicieron volver a la realidad. Aquel momento fué terrible; si aquel arrayuelo que corria á mis piés murmurando con dulzura se hubiera secado momentáneamente, me hubiera sorprendido menos que aquellas frias palabras.

—No sé....contesté despechado volviendo mis miradas á otra parte.

—Desgraciado jóven! dijo con una voz mas dulce que el murmurio del bosque.

—Oh! muy desgraciado! dije volvien-

do á ella mis miradas, como si un poder magnético me arrastrara hácia aquella celeste criatura.

—Perdonad, si os he molestado; comprendo vuestro dolor porque tambien sé sentir.

—Oh! gracias! gracias! dije admirado de encontrar un corazon que supiera comprenderme.

—Tomad estos jazmines, dijo alargando su ebúrnea mano; en cualquier instante de la vida que me los presentéis, os reconoceré, y encontrareis en mí, lo que ellos simbolizan.

—Los guardaré hasta el último momento de mi vida que está muy cercano ya, y despues haré que me acompañen hasta la tumba.

—No morireis aun, sois muy jóven; vivireis para ser feliz. Hasta la vista.

Y desapareció dejando en torno mio,

el perfume divino de los ángeles.

V

Largo tiempo permanecí inmóvil, creyendo ver aun aquella celeste vision; la última vibracion de sus palabras resonaba aun en mis oidos, repercutiéndose dulcemente hasta el corazon. Fija la vista sobre el grupo de árboles que le habían dado paso, me parecia ver aun su rubia cabellera flotando al viento en delicados risos, sus ojos color de cielo, fijos en mí, tan lánguidos y tiernos, que parecian la imájen de mi alma, aun veia juguetear por sus labios la sonrisa tierna é insinuante con que me habia dirigido sus palabras; su tez blanca como el alabastro, la veia cubierta de un ténue sonrosado que enagenaba mi alma, haciéndole concebir un cielo de ventura; su talle esbelto y flexible me hacia recordar aquellos débiles lirios

que habia visto inclinarse pidiendo una caricia á las brisas embalsamadas de la aurora. Todo en aquella mujer, si mujer podia llamársele, era fantástico, no podia ser un habitante de la tierra, no! Dios habia permitido que bajara de las regiones celestes, para arrancarme del precipicio en que habia dejado resbalar mi pié.

¡Ay! aquel momento de embriaguez fue el único de verdadera felicidad que gozé en este maldecido mundo ¡Bendito seais Dios omnipotente, que permitisteis que yo, pobre gusano, gozara por un momento la felicidad que vos solo debéis gozar en tu celestial mansion!

Desde aquel dia, jamas he podido olvidar aquel frondoso sauce que fué único testigo de aquel momento de celestial felicidad ¡Quiera el Señor concederle tan larga vida como el universo,

que jamas falte el agua al arrayuelo que acaricia tus raices, que los pajari-
llos todos del bosque, aniden allí para
hacerlo testigos de sus amores, y ame-
nicen su existencia con sus melodiosos
trinos, y que su frondosidad sea tal, que
nunca estos tiernos compañeros pue-
dan echar de menos ni al espinoso tala,
ni al elevado ciprés!

Cuando salí de aquel éxtasis, solo
existia una realidad de mi sueño; el
ramo de jazmines del pais que habia
dejado entre mis manos.

—Si, seréis los compañeros de mi vi-
da! me dije colocándolos sobre mi co-
razon, y entonces recordé las dulces pa-
labras con que aquel querube habia
querido consolar mi ánimo abatido.

“Vivireis para ser feliz!”

Si viviré! me dije, y la buscaré hasta
que la encuentre aunque, para ello, ten-

ga que ir hasta el fin del mundo, aunque tenga que penetrar en las entrañas de la tierra.

Si, viviré!

VI

Desde entonces un nuevo horizonte, estenso y cubierto de risueñas esperanzas, hirió á las miradas ávidas de mi alma. La vida comenzó á halagarme de nuevo, prometiéndome ese mundo de felicidades en que habia soñado sin poderlas definir. Desde aquel momento corría tras una esperanza tierna como la voz de Maria, dulce como el trino del gilguero; ya no era vaga ni indefinida; corría tras una esperanza que era una realidad; el alma y el cuerpo recobraron su vigor; ambos volvieron á ser jóvenes y robustos; toda la naturaleza me parecía risueña; todo era alegría. En vez de los ruidos armoniosos y me-

lancólicos que murmuraban las brisas al acariciar la frondosidad de los árboles, oía cánticos alegres que entonaban los gilgueros y calándrias que moraban en él.

Era que entonces amaba, y amaba una realidad!

Tan cierto es que el amor purifica el ser de los mortales cuando, por primera vez, penetra en el alma que ha vivido deseándolo sin saber el fin á que dirige sus pasos.

¡Ay! si aquel día hubiera presumido lo que el mundo me guardaba, hubiera dejado apagarse la tea de mi vida, pero entonces todo era ilusión, y aquel mundo que antes había visto perverso y egoísta, ávido de los dolores, lo veía generoso y puro como el Señor lo sacó de entre sus manos.

Era que amaba! En él solo veía

aquella criatura que, dando aliento á mi alma debilitada por el sufrimiento, hacíame concebir un amor tan grande como el de Magdalena, y tan tierno como el de Maria.

VII

Desde el dia siguiente abandoné aquellos sitios tan llenos de amargos recuerdos, donde habia visto volar unos tras otros los dias mas aciagos de mi vida.

Adios ! decia al cruzar el bosquecillo en que cada árbol, cada claro, y cada laguna, encerraba un recuerdo; allí habia estado contemplando dos torcazas que se acariciaban amorosamente, mas allá habia visto ocultarse la debil avecilla que huia de las garras del carnívoro gavilan, en aquella cristalina laguna iban los gilguero á refrescar sus gargantas, secas de tanto trinar.

Al llegar al sitio en que habia visto aquella divina muger que habia dejado una chispa en mi pecho que amenazaba incendiarlo rápidamente, hiqué la rodilla en tierra y dirigiendo mis ardientes miradas al cielo, elevé al todo poderoso una ferviente plegaria, pidiéndole me hiciera encontrar a la muger que me habia arrancado de los brazos de la muerte, é hiciera jerminal en su corazon la chispa santa que germinaba en el mio.

¡Ay! el Cielo me escuchó!

VIII.

Al principio caminaba sin rumbo, dejando que mi corazon dirijiera mis pasos, pero despues recordé que sus primeras palabras habian sido para preguntarme la direccion del pueblo mas cercano, y, suponiendo que alli estaria,

aguijonée á mi corcel, tomando aquella direccion.

IX.

El instinto amoroso jamás engaña; pronto encontré aquella á quien debia mi nueva existencia. La ví, y la ví tan bella, tan pura, que hubiera queri lo morir á trueque de gozar un momento los deleites de su amor. No, no era amor lo que mi corazon sentia, era frenesí, loco frenesí que ennoblecia mi alma cansada de sufrir, dándole esa fuerza, esa sublimidad que dá aliento para emprender las obras mas grandiosas; si ella me hubiera pedido un mundo en cambio de su amor, yo hubiera conquistado ese mundo ó hubiera muerto en la demanda, y hubiera muerto feliz por que moria por ella. Cuando mis ojos gozaban la inefable dicha de verla, se

reflejaba en ellos el estado del alma de aquella; si sonreía, sonreía yo, si lloraba, lloraba también, si respiraba, respiraba yo, y si hubiera muerto, hubiera muerto también.

Era tan bella, tan pura que no había en el mundo con que compararla, todo era pálido, todo imperfecto al lado de aquella celeste criatura, que Dios lanzó al mundo para darnos una muestra de su poder.

¿Quién la hubiera visto sin amarla?

¿Quién, al sentir su mirada de fuego, no hubiera caído á sus piés para admirarla y adorarla? Quién no hubiera hincado la rodilla, loco, frenético, anhelante, para contemplar aquel portentoso de belleza?

¿Quién no hubiera dado su vida por inspirar á sus bellísimos ojos, una sola chispa de amor. ¡Oh! si ha habido en la

tierra un solo ser que merezca ser amado con el alma, con el sagrado fuego que arde en un corazón de veinte años, era Delia! Delia! cuya hermosura envidiaban los ángeles, cuya alma aparecía con la blancura del lirio, con su perfume de delicadeza y de sensibilidad esquisita!

Era uno de aquellos seres que pasan por el mundo como ráfagas brillantes, pero que dejan en su paso un rastro de fuego que la sangre de mil vidas no podría borrar!

X.

Una tarde que jamás olvidaré en mi vida, cuando el sol comenzaba á recoger su manto de oro para ocultarse entre los pliegues de su purpúreo lecho de zafir y nacar, que pronto debía ocultar el tul de nubecillas que en aquel momento se acercaban cautelosas co-

mo si temieran abrazarse entre sus fuegos; me habia detenido en la cumbre de una cuchilla al pié de un corpulento ombú que se ostentaba allí orgulloso, desafiando los vientos y el rayo.

Desde aquella elevacion contemplaba el bello cuadro que me presentaba la lucha entre la luz y las tinieblas, mi alma acostumbrada á vivir de esa infinita poesia que encierran los fenómenos de la naturaleza, encontraba en aquella contemplacion, un alimento precioso de que no quiera desperdiciar ni un solo grano, y tomaba tanta parte en aquella lucha cotidiana, que le arrancaba un ¡ay! cada vez que una nubecilla mas atrevida que las otras iba á cubrir unos de los últimos resplandores de aquel astro, cubriéndose de un encarnado brillante que despedia fuego, como si fatigada del combate necesitara to-

7

mar un respiro por mucho tiempo detenido.

Estático, anhelante, espiaba todos los movimientos de aquellos dos rudos combatientes, esperando el resultado de tan encarnizada lucha sin ni siquiera pensar que sucumbiera el astro luminoso, para presentarse victorioso diez horas despues, para volver á sucumbir y tornar á triunfar, permaneciendo en aquella lucha eterna hasta que Dios quiera prestar su omnipotente mano el que haya merecido su gracia ó arroje á ambos en las profundidades del espacio.

Viviendo de aquel desorden momentáneo, apenas sentia los violentos latidos de mi corazon que parecia querer romper el muro que lo contenia para ir en ayuda del mas débil, cuando fui arrancado de mi éxtasis por un leve golpecito dado en mi hombro. Temblé

como el lirio mecido por las risas y, haciendo un brusco movimiento, volví la vista al lado que presumía estaría el dueño ó dueña de aquella mano ¡Como pintaré lo que por mí pasó en aquel momento?

Delia! la divina Delia á mi lado, mirándome amorosamente ¡Oh! Dios mio, eso era mas de lo que me hubiera atrevido á esperar!

Sus labios de carmin se movieron, pero yo con un movimiento mas rápido que el pensamiento, puse un dedo sobre el labio y con la otra mano le indique el cuadro que contemplaba, y con voz apenas perceptible, le dije.

—Chit, mirad.

Asi permanecemos en silencio hasta que la última ráfaga de fuego fué á esconder su verguenza en el último pliegue de su lecho esmaltado de nacar y rubies.

¡Nuestras dos almas se comprendían

XI

Después de haber cambiado una tiernísima mirada en que iba un mundo de amor y de promesas, sus labios purísimos dejaron escapar estas palabras que esparcieron un perfume más grato que el de los jazmines que un día me había dado, y que permanecían secos sobre mi corazón.

--Vos aquí?

--Sí.

--Quereis morir aun?

--Oh! no; ahora amo y el amor es la sabia de la vida.

--Gracias, Dios mío! dijo Delia elevando su mirada de ángel al trono del Eterno.

--Me compadeccis, Delia?

--No, doy gracias al Señor que ha conducido mis pasos hasta aquí para

veros salvo y feliz; ¡se lo había pedido tanto!

—Oh, Dios mio! habeis pensado en mí? os he merecido un solo pensamiento?

—Si, Raoul, dijo la angelical Délia ruborizándose.

Yo permanecí estático contemplándola, hubiera crecido empañar su pureza si mi lábio hubiera dejado escapar el “yo te amo” que pugnaba por abrirse paso. Ella también me miraba!

¡Oh! instante delicioso aquel, en que, libres de todas las trabas que la sociedad nos impone, podíamos dejar hablar á nuestros corazones que tan bien sabían comprenderse. Insensiblemente nuestras manos se habían enlazado: aquel contacto divino obró como una chispa eléctrica en nuestras almas que rebozaban amor.

Las densas nieblas de la noche que

comenzaban á rodearnos, esos sonos misteriosos que vagan en el espacio, esas plegarias tiernísimas que susurran las hojas de los árboles, y el ambiente perfumado que se respira á aquella hora tan llena de misterios; todo, todo conspiraba para incendiar en comun, nuestros pechos.

Me amas, Delia? suspiraron mis labios.

—Para que negarlo; os amo como la abeja ama las flores, como la mariposa la luz, como las aguas cristalinas de un arroyo aman su lecho de finísima arena. Os amo, Raoul, porque tu eres mi existencia, porque eres mi esperanza. Os amo, Raoul, por la misma razón que las flores aman las brisas.

¡Oh! si, os amo con toda mi alm.

—¡Oh Delia mía! cuanta dicha han filtrado en mi corazón, tus tiernísimas

palabras. Si, yo tambien te amo, porque necesitaba amar, porque en tí he encontrado el ser ideal cuya ausencia iba á causar mi muerte; te amo porque mi destino es amar, porque necesito vivir para gozar, y mi vida eres tú. ¡Ay! qué seria el mundo sin tí? qué era?

Ni una palabra mas pronunciamos.

Delia se hallaba entre mis brazos y nuestros lábios uniéndose, confundieron nuestras dos almas en un purísimo beso, beso de que los ángeles debian regocijarse.

Aquel contacto de fuego obró rápidamente en Delia, y desprendiéndose de mis brazos, huyó como la tórtola al sentir la proximidad del gavilan, murmurando estas palabras que la brisa traia hasta mí como un canto del celeste coro.

—Te amo. Raoul! te pertenezco para siempre! para siempre!

XII.

Cómo podré decir la dicha que encerró aquella primer entrevista con Delia? Nó, los goces del alma no se pintan, se sienten, se gozan, pero no se explican. El solo recuerdo de aquel momento en que sus lábios pronunciaron: el "yo te amo", que no me había atrevido á esperar ni en medio de mis sueños, hace palpar mi corazón muerto hoy. ¡Cuán feliz hubiese sido si Dios hubiera cortado el hilo de mi vida, en aquel momento en que vibraban en mi oído sus melodiosas palabras, en que sentía el calor de sus lábios posados sobre los míos!

Que carga tan pesada es la vida cuando solo tenemos recuerdos del pasado, sin ninguna esperanza en el porvenir!

Largas horas permanecí bajo aquel ombú cuyo murmurio parecía repetirme

las palabras tiernas de mi amada; sin
revertirme á creer en la realidad de mi
amor. Todo lo creía un sueño, pero
un sueño que volvía el vigor á mi alma,
que me presentaba el mundo bajo un
prisma delicado.

—Seré feliz, me decía, si yo he na-
cido para ser feliz!

Es tan agrato creer que hay un mas
allá donde todo es amor y ternura, que
se llega hasta olvidar todos los dolores
del presente.

—Me amas! me amas! me repetía sin
cesar, para engañar mi corazón que
dudaba siempre; pero una idea amar-
guísima vino á cruzar por mi mente en
aquel instante.

—Cuándo la veré? cuándo oiré su
melódica voz?

—Qué importa! viviré de su recuerdo,
viviré amándola, porque no amarla, se-

ria la muerte. Viviré viéndola desde lejos como hasta ahora, y en su mirada de cada día, beberé ese amor puro, infinito, profundo, que solo sienten los corazones sensibles como el de Délia. Si, me resignaré, su mirada me dará aliento para sufrir su ausencia.

XIII.

Yo habia creido que aquella entrevista cuyo solo recuerdo hacia palpar dulcemente mi corazon, seria la última á la vez que habia sido la primera. Pero esto era solo el temor del que ha conseguido algo que no se atreve á esperar, del que no cree en la dicha que le ha sido dado gozar, porque no se cree digno de ella.

Délia me ama! me decia yo rebozando amor ¿Como es posible que ella tan pura, tan hermosa, pueda amarme á mí? Ella, la obra mas perfecta del Eterno,

haya podido fijar su miradas de ángel en un ser como yo? No, Délia no me ama, todo cuanto ha pasado ha sido delirio de mi exaltada imaginacion!

Todos los dias cuando el sol bajaba al ocaso, nos reuniamos al pié de aquel ombú y desde allí, nuestras manos enlazadas, contemplábamos aquel bello cuadro tan lleno de poesia.

Eramos felices por que respirábamos el mismo ambiente, por que oíamos mutuamente los latidos de nuestros corazones, por que nuestras miradas contemplaban los mismos objetos; y enfin por que estábamos juntos. Allí teniendo el cielo por testigo renovábamos nuestros juramentos de amarnos hasta mas allá de la tumba, de vivir el uno para el otro.

En aquellos momentos de inefable dicha, cuando los rayos rojisos del sol

amenizaban el rostro bellissimo de mi amada, hubiera deseado morir mil veces en sus brazos por que hubiera creído estar en los de un ángel; el fuego que consumía mi corazón en aquel momento, tomaba dimensiones colosales; todo era amor, todo poesia entonces; no veía mas mundo que aquella colina coronada por el ombú confidente de nuestros amores; ni mas seres humanos que yo y Delia. El mundo entero lo creía nuestro, y si alguien me lo hubiera querido disputar, hubiera tenido que arrancarme el corazón antes que arrancarme mi tesoro.

¡Ah! cuán feliz era entonces.

XIV.

Yo amaba á Delia con toda el alma; pero nunca habia pensado en el porvenir ¿para qué? no era amado? Solo en el presente encerraba toda mi existen-

cia; mi dicha estaba en el amor de De-
lia y este era mio, mio como el aire es
libre, como el mundo es de Dios, como
la inmensidad del espacio es de las
aves.

¿Dónde estais momentos de deleitoso
placer? donde habeis volado horas per-
fumadas con el ambiente de su amor?
Habeis subido al Cielo siguiendo su al-
ma mas blanca que la azucena, mas
pura que el azul del firmamento?....
Dulcísimos recuerdos, mas suaves que
el perfume del nardo en las auras de la
noche, por qué me persiguis así? por
que quemais mi cerebro con la presen-
te realidad? No he sufrido bastante ya?
no está mi alma bastante purificada,
para merecer la inefable dicha de irme
a juntar con la de ella, en la mansion
donde el el ambiente que se respira es
suavísimo perfume, donde las flores son

inmortales, donde el el firmamento es puro y trasparente, sin que una rubecilla lo empañe jamas?

¡Que largas son las horas, cuando se vive de dulces recuerdos en medio de tan amarga realidad! Que árida es la vida cuando el fuego de un amor santo no guia nuestros pasos vacilantes! cuando solo respiramos el aire infecto de (las sociedades! cuando no vemos en torno nuestro un alma capaz de comprendernos!

Yo amaba á Delia, porque su aliento, emanacion divina del jardin de Maria madre de Dios, daba vida á mi pecho; porque sus miradas llenas de santa pasion, comunicaban á las mias ese algo de divino que tenian las suyas. La amaba por que no creia que fuera una muger no! era un angel, el angel predilecto del Eterno, que se habia

compadecido de mí era uno de esos seres que cruzan por la vida perfumando la existencia de los que á su paso se hallan; exhalando consuelo, como las flores perfume. Yo la amaba y mi vida entera pertenecía a ese amor que era mi alma, por que mi alma entera estaba encerrada en él.

¿Para qué pues, pensar en el porvenir, si el porvenir se me presentaba estenso, risueño, y poblado de tiernísimas ilusiones, que arrebatában mi alma que vivía para amar?

No poseía el amor de Delia ?

XV.

Seis meses transcurrieron sin que una sola nubecilla cruzara el inmenso horizonte de nuestro amor, siempre puro y tranquilo como las aguas de un lago en una tarde de Estio.

Jamás nuestros labios se abrieron pa-

ra dar paso á otros sonidos que los que nos inspiraba nuestro purísimo amor, jamás una palabra sobre el porvenir vino á empañar el cristalino espejo de nuestros amores! Allí juntos sobre la cumbre de aquella colina, nos arruyábamos murmurando tiernísimas promesas que llenaban de perfume nuestras dos almas creadas para respirar juntas. Y cuantas y cuantas veces permanecíamos horas enteras que volaban con la rapidez del pensamiento, bebiendo mutuamente en nuestras miradas un raudal de amor que se comunicaban eléctricamente! Cuantas veces, al separarnos, no habíamos pronunciado una sola palabra! y sin embargo, cuantas promesas, cuantos juramentos, cuantas plegarias sublimes iban encerradas en esas miradas de fuego que encontraban y se acariciaban diariamente! Cuando los la-

bios no decían nada. cuanto decían nuestros corazones! Que sublimidad, que ternura encierra ese lenguaje que no le es dado comprender á los corazones que respiran las miasmas pútridas del egoismo!

Allí, sentados el uno frente al otro al pié de aquel frondoso ombú que amábamos porque nos cobijaba con su sombra, porque el murmurio de sus hojas parecían acompañar los suspiros palpitantes de felicidad que exhalaban nuestros amorosos pechos, nuestras manos enlazadas q' se estrechaban suavemente cada vez q' el corazón no pudiendo contener tanta dicha, latía violentamente, como si aquella le pesara; mis dedos, otras veces, jugueteando entre sus sedosos cabellos que alumbrados por los últimos suspiros del poderoso astro del día, parecían ébras de oro entretéjidas

con topacios: allí, olvidábamos el mundo y todo cuanto puede hacer amar la vida cuando no amamos; y si este recuerdo venia á turvar nuestra dicha, ¡con q' placer dejábamos escapar estas palabras que espresaban mejor que todas las canciones, la inmensidad de vuestro amor!

—!Porque no morir así !!

¡Oh! si! por qué, Dios Santo, no me llamaste á tí en uno de aquellos momentos en que, viviendo, habia muerto, en que estando en el mundo gozaba las delicias de tu morada.

Qué hubiese sido la muerte entonces?

Un cambio de sitio, pasar de un jardin á otro mas hermoso donde las flores no mueren jamás, donde nuestra dicha no hubiera sido turbada por la momentánea separacion que nos vemos forzados á sufrir.

Así. viviendo el uno para el otro, respirando los mismos perfumes, dejábamos correr las horas que iban mas ligeras que las brisas perfumadas que pasaba murmurando amor por entre el espeso ramaje que nos servia de docel, hasta que la noche, cubriendo con su cabellera de ébano el mundo que nos parecia pequeño y miserable, nos obligaba á salir de aquel éxtasis sublime que solo comprenden los séres que han nacido para amar; entonces confundiendo nuestras almas en un purísimo beso que el ángel del pudor contemplaba sin ruborizarse, nos despedíamos hasta el dia siguiente, en que volvíamos á vivir, llenando el espacio q' nos separaba con el sueño, de nuestros recuerdos, y con la esperanza de gozar la realidad de nuestro amor al despertarnos. .

XVI.

Una tarde la primer espina de la corona de rosa de amor, vino á clavar-se en mi corazon.

El sol habia ido á dar vida al otro hemisferio y Delia, la celestial Delia no habia ido á renovar las flores de mi alma.

Que angustias! crueles angustias, Dios mio, torturaron horriblemente mi corazon, aquella tarde en que ví marchitarse el primer lirio de aquellos que cultivábamos en nuestras almas con Delia; aquella primer tarde de ausencia me parecia un hurto hecho á nuestro amor; aquellas horas que me habia habituado á creerlas mias, enteramente mias, me las robaban entonces; me las robaban porque, siendo la existencia de Delia enteramente mia, me quitaban los únicos momentos que habia guardado para mí!

Quién era el osado que se atrevía á detenerla? quién el que ponía cadenas á su corazón de fuego?

La primer hora esperé con paciencia, la segunda con angustia y despues con desesperacion; por último mis ojos, cuando vieron desaparecer el último cabello del astro de fuego, derramaron, en un raudal de lágrimas, parte del dolor que torturaba mi corazón.

XVII

Tres veces el luminar del cielo había hecho lentamente su carrera, y mis ojos no habían cesado de llorar la ausencia de mi amor. Los días mas aciagos de mi vida comenzaban entonces, y recordaba con inefable placer aquellos en que con un pié en el ataúd, veía deslizarse con placer las pocas horas de vida que me quedaban. ~~El llanto~~ que se vierte por la ausencia del ser

amado, no consuela, quema, seca el corazón, y hace mas profundo el dolor.

¿Para qué, santo Dios, me hiciste conocer aquella delicada flor, si no me habias de permitir respirar su celestial perfume? ¿para qué si el acercarme á la realizacion de ese edem que en mis sueños velados por Cupido, me habias dejado entrever? tanto valiera haberme puesto á las puertas de tu celeste morada, haberme dejado contemplar á tu purísima madre, haberme dejado entrever las dichas que gozan allí las almas que sin haberse enlodado en el fango del vicio, han merecido la inefable felicidad de ser llamados á tí; y despues dándome la inmortalidad lanzarme de nuevo á este valle de lágrimas.... Aun no es bastante. ¿Qué infierno, qué sufrimientos por horribles que ellos fueron podrian acercarse á los que sufrian entónces?

No ! tú Dios mio, lo creaste para mí, quisiste purificar mi alma, no me creiste digno de tanto amor, y me condenaste á sufrir lo que ningun mortal ha sufrido.

Tres dias sin verla! tres siglos deagonia! deagonia cruel, dolorosa, infernal !!!

¡Oh! me habrá olvidado, decia en medio de mi loco frenecí. Maldita sea la muger que así juega con mi alma de fuego. Maldita ! Maldita!!

Y despues caia en un profundo abatimiento de que no despertaba, sino para sentir mas punzantes mis dolores.

Era muy desgraciado!!!

XVIII.

El cuarto dia de ausencia tocaba á su fin; los vagos rumores del crepúsculo que tantas veces habian deleitado mi alma, los oia ahora suspirar tristemente

para acompañar mi corazón que doloroso también suspiraba. Todo era melancólico! Aquel ombú que tantas veces había oído mis amorosos suspiros, que tantas veces había presenciado mis sonrisas radiantes de felicidad, lo veía inclinarse tristemente para consolar mis penas, para endulzar mi acerbo dolor.

Ya no lloraba; el dolor profundo no vierte lágrimas, estas refluyen al corazón abrazándolo, como la lava ardiente de un volcán.

Aquel día mi corazón me había conducido al pie de aquel ombú, donde un instinto fatal me arrastraba siempre.— Hubiera querido alejarme, porque el recuerdo de mi pasada felicidad, hacía mil veces más horrible mi tortura, pero mis pies parecían de plomo, y, apesar de todo, permanecía allí llorando mi desventura. Un vago presentimiento me

decia que allí veria á Delia, y esta débil esperanza me daba alientos para vivir; sin ella hubiera muerto!

—¡Olvidado! me decia, no, no es posible. ¿como habrá podido quebrantar sus juramentos? no!....

Una idea terrible cruzó entonces por mi alma, pero que endulzó un tanto mi acerbo dolor.

—¡Habrá muerto! . . .

Si, para que su alma de fuego, casta y pura, haya podido olvidar, es preciso que haya volado á su primitiva morada, es preciso que haya dejado el mundo para ir á deleitarse en el paraiso!

Esta idea que en cualquier otro caso, hubiera sido el mayor, el mas intenso tormento, era ahora mi áncora de salvacion; preferia saber que habia dejado de existir, antes que creer en su olvido, Tal es de egoista el corazon humano!

Aquella idea me arrancó un suspiro y una lágrima, lágrima y suspiro que volvieron á mi corazón adormecido por el dolor, una gota de la tranquilidad que habia volado con la ausencia de mi amada.

/ ¡Qué me importaba que hubiera abandonado este mundo donde cada gota de felicidad precede á un cáliz de amargura que es preciso ápurar hasta las heces? ¡No estaba seguro de seguirla bien pronto? Si; allá en la morada donde las rosas no tienen espinas, donde el lirio es inmortal, nos amariamos con ese amor puro, intenso, que llevaríamos del mundo como única flor digna de presentar al Hacedor Supremo.

La muerte? ¡Oh! la muerte era para mi la felicidad! Ojalá el cielo así lo hubiese dispuesto, no sufriría ahora el infierno que devora mi corazón; fatal estrella la mía!!

XIX.

Dando vida á esa nueva esperanza de mi alma dolorida, contemplaba los primeros fulgores que débiles despedían las estrellas que comenzaban á aparecer en el firmamento. En aquel solemne momento en que la naturaleza comienza á vivir en esa vida misteriosa tan llena de encantos para las almas sensibles, y en q'los desdichados ven llegar, como la gota de rocío q'debe refrescar el cáliz de la marchita flor, mi imaginacion se habia remontado al cielo, creyendo ver allí á mi Delia radiante de hermosura y de felicidad, que estendia la mano para ayudarme á llegar á ella; entonces volvia mi vista suplicante á la enamoradísima Magdalena, para que olla que tanto habia amado, intercediese por mi que solo habia vivido para amar, y que queria morir tambien para amar. El mundo lo habia olvidado, el Cielo era mi esperanza.

Adormecido por tan risueñas imágenes, nada sentía de lo que en torno mio pasaba, nada veía, nada oía.

Derrepente me pareció mas cálido el ambiente, mas perfumado y voluptuoso, sin poder salir de mi éxtasis, me parecía que aquel era el ambiente que se aspiraba en el paraíso y que comenzaba á llegar á mi, á medida que me aproximaba. Así transcurrieron algunos segundos de suprema felicidad, cuando una voz mas dulce y tierna que el murmúrio del caudaloso plata necido por las frescas brisas del Estio, vino á arrancarme de aquel mundo ideal donde estaba viviendo. Aquella voz que conocia como el suspiro del ombú que en aquel momento me cobijaba, conmovió mi corazón haciendo vibrar en él la cuerda mas tierna, haciendo expandir la chispa del fuego de la vida que allí

permanecía agonizante, y despertando el alma del sueño en que yacía.

—Raoul! dijo. Esta sola palabra pronunciada con voz débil pero llena de esa armonia misteriosa, y ese encanto que solo poseen los amantes, obró en mí magnéticamente, y volviendo la vista, vi lo que menos esperaba ver en el mundo.

—Delia! dije arrobado, y atreviéndome apenas á creer en la realidad de lo que mis ojos veían, de lo que mis manos palpaban.

¿Qué dicha, Dios mio, qué felicidad, hubiera podido igualar á la que en aquel momento filtró rápida en todo mi ser?

Pe rodillas, estático, embriagado, contemplaba á mi amada sin articular una palabra, temiendo que aquella fuera una vision pronta á desvanecerse al primer movimiento que hiciera. Pero

no! era una realidad, sus manos estrechaban las mías, sus miradas me abrazaban y sus labios sonreían tristemente!

Por sus mejillas blancas y transparentes, corrían dos lágrimas de fuego que hubiera querido secar á costa de mi amor.

XX,

—Lloras, alma mía, me atreví á murmurar apenas.

—Sí, lloro por ti, por nuestro amor...

Estas palabras dichas con un acento mas triste que la noche, acabaron de arrancar el velo que ofuscaba mis ideas.

Qué cambio, Dios eterno, se había obrado en Delia?

Sus mejillas, que antes hubieran envidiado las rosas, eran ahora émulos

del alabastro, sus lábios que habían robado su color á la guinda, apenas conservaban el color del jacinto rosado; sus ojos de donde brotaba el fuego de la mas santa pasion, miraban ahora tristes y lánguidos, medio cubiertos por un velo de lágrimas. Todo en ella habia perdido esa hermosura que eran el encanto de los hombres y la envidia de su sexo. Su rostro consumido por el sufrimiento apenas dejaba ver algunos rastros de lo que habia sido.

¡Pobre Delial

—Si, lloro, repitió dulcemente, lloro por nuestro amor que debe morir; ha nacido como el lirio lozano y arrogante y como él ha de morir.

—No blasfemes Delia, nosotros podemos morir, pero nuestro amor, no! allá en el Cielo nuestras almas se amaran eternamente libre de las cadenas

con que el mundo las tiene sujetas.

--Tienes razon, bien mio, nuestro amor no morirá porque es puro como el pensamiento de Maria madre de Dios, irresistible como las pasiones del corazon humano, y será eterno como el Omnipotente: tienes razon, pero es fuerza que nos separemos; que nos separemos para siempre!

--Y quién seria el temerario que se atreviera á intentarlo? quién el que pudiera conseguirlo sin arrancarnos el corazon?.....¡Oh! quién seria tan inhumano para vernos padecer un infierno sin condolerse? No Delia, no habria un solo corazon que no llorara con nosotros.

--Olvidas Raoul de mi alma, que vivimos en el mundo, ¡Que no pudieramos volar juntos allá donde nos espera la felicidad eterna!

—Maldito sea el mundo, si solo nos ha de brindar tan acerbo padecer! ¡Oh! dime quien es el miserable que quiere separarnos, ó iré á implorarle de rodillas que nos deje vivir amandonos, y si mis ruegos no son bastantes á enternecerlo, lo haré pedazos entre mis manos, y me gozaré en ver correr su sangre de hiena!

—Calla desdichado, es mi padre; quiere que dé mi corazon á otro, y no sabe que esto es pedirme la vida.

—Dile que me amas, dile que sin mi no podras vivir, se enternecerá; si, estoy seguro que se enternecerá.

—Todo se lo he dicho; le he dicho que mi vida está en la mirada de tus ojos, en tu aliento, en tus palabras y..... quiere que dé mi corazon á otro!

Abundantes lágrimas corrian por las mejillas de Delia é iban a caer sobre

mis manos, que temblaban á su contacto húmedo y ardiente.

Mis brazos enlazaron su cintura de sí fide, mis labios se juntaron con los de ella, y nuestras lágrimas se confundieron.

No sé cuanto tiempo permanecimos así.

Cuando la realidad vino á turbar aquella felicidad facticia que habíamos gozado en brazos del olvido, las estrellas habian hecho una tercera parte de su carrera.

Los comprimidos sollozos de Delia partian mi corazon que tanto habia sufrido, y que sufría horrible tortura á la sola idea de una separacion. Estaba ébrio, en aquel momento supremo de dolor hubiera sido capaz de clavar un puñal en las entrañas de mi madre, si esto hubiera podido evitar la separa-

cion. Lejos de Delia hubiera muerto, pero la muerte no me aterrorizaba; lo que me espantaba, lo que comprimía mi corazón de un modo espantoso, era la idea de verla en brazos de otro hombre. Había momento en que si hubiera tenido un arma, la hubiera clavada en su corazón con infernal placer. Si! me decía, mas bien muerta que en brazos de otro metal—Si no eres mía, seras de Dios únicamente!

XXI.

Delia lloraba todas las lágrimas de su corazón, y yo me desesperaba, sin saber otra cosa que sufrir.

Por último el ángel que había endulzado algunos de los momentos de mi triste vida, inclinó su rostro marchito por el dolor, estrechó mis manos y, posando sus labios de fuego sobre los míos, suspiró tristemente esta palabra—Adios!

Estos sonidos mas tristes que el toque de oracion, volvieron á recordarme de nuevo lo que por varias veces habia olvidado.

Délia quiso desprenderse de mis brazos, pero yo en el colmo de la pasion, la retuve, y le dije con los últimos acentos de dolor.

—Délia, sígueme!

Ella permaneció un momento reconcentrada en si misma, y despues, levantando al Cielo sus ojos velados por abundantes lágrimas, murmuró una plegaria que no pude seguir, porque los ángeles solo tienen el derecho de dirijirse á Dios en ese language sublime que no nos es dado comprender á nosotros míseros mortales. Despues con voz tranquila y preñada de amor, me dijo.

—Hasta el fin del mundo Raoul; tu eres mi vida, tu eres mi salvacion, y te

seguiré porque mi destino es pertenecer; soy tuya, toda tuya, dispon de mi á tu antojo. Dios sabe que no hubiera querido abandonar á mi padre, él es solo el que me obliga.

¡Adios padre mio!

XXII.

Todavía el oriente no se había coloreado con los primeros fulgores del sol, cuando nos hallábamos cruzando aquel bosquecito donde por primer vez vi á la que entonces estrechaba entre mis brazos. Nunca me hubiera atrevido á esperar tanta felicidad, y sin embargo, no sé que vago presentimiento torturaba mi corazón que Dios sin duda había creado para el sufrimiento. El ramaje del bosque murmurando al recibir las primeras brisas que anunciaban la aurora, repetiame con eco triste, el pronóstico que mi corazón no había cesado

de repetirse al sentir los latidos puros y ardientes del de mi amada.

—Desgracia, desgracia sobre tí!

Las tórlotas, gilgeros y calandrias tambien repetian fúnebremente estas desconsoladoras palabras que repercutiéndose en mi corazon, hacian subir á mis párpados abundantes lágrimas que quemaban mis mejillas y velaban mi pupilas que un momento antes irradiaban felicidad.

Que era lo que me hacia sufrir, ¿que lo que torturaba tan cruelmente mi corazon?... Si duda esa fatalidad que perseguia mi maldecido destino, que en cada gota de miel que mi corazon gustaba, vertia abundantes, otras de hiel que amargaban mis mas santos placeres.

¿Que crimen habré cometido, Dios mio, para ser castigado así?

¡Ayl mi crimen era vivir del alma, de esa infinita poesía que por do quier deja escapar, como la flor que esparrama sus perfumes; mi crimen era olvidar el cuerpo, olvidar sus goces para pensar en los del alma; era olvidar el mundo para pensar en el paraíso.

Fatal destino del que se deja guiar en este valle de lágrimas, por esas mentidas promesas con que nuestra imaginación ~~acolora~~ la guía los pasos de nuestro corazón. Sí, el alma solo goza en el Cielo, porque en el mundo es una planta exótica; el Cielo es la tierra que la dá sávia.

XXIII.

Todos aquellos presentimientos desaparecieron unos tras otros como esas nubecillas de rubies que siembra el sol al esconder su resplandeciente cabellera. Mi corazón estaba rebozando amor;

el porvenir se me presentaba puro y risueño, la imagen de la dicha que gozaríamos cuando nuestros destinos estuvieran unidos para el mundo como estaban unidos á los ojos de Dios, no daban lugar en mi corazón á los negros presentimientos que me habían agitado antes.

Como es hermoso vivir entonces!

Como es bello el mundo!

XXIV.

Huid, huid, malditos recuerdos! ¿Por qué os complacéis en atormentar mi alma que habeis disecado lentamente? ¿Por qué, fantasmas horribles, me perseguís desde aquella noche maldita en que quedé solo en el mundo, solo con mis recuerdos y mi amor? No he sufrido bastante ya?

Y vivo!!! como es posible, Santo Dios, que mi alma permanezca aquí

estando la de ella á tu lado? ¿cómo es posible que viva cuando mis ojos no pueden verla ya?.....

.....

XXV .

Un ministro de Dios, uno de esos santos varones, consuelo de los desgraciados, cuyas palabras dulces y persuasivas perfuman el alma, acaba de unir nuestros destinos con los indisolubles lazos del matrimonio.

No quise abandonar al que me habia dado la dicha, hasta despues de acompañarlo al cercano pueblito que distaba media legua del sitio donde habíamos ido á esconder nuestro amor.

XXVI.

Un cuarto de hora despues volvia con el alma rebosando de esa tierna dulzura que experimentamos al ver nuestros mas ardientes deseos satisfechos; cami-

naba á prisa porque los brazos de Dé-
lia me esperaban abiertos, porque su
corazon contenia sus latidos para dar-
les rienda suelta al sentir los del mio;
porque la dicha suprema, la dicha del
abeja al encontrar una flor mas bella y
perfumosa, me esperaba al fin de mi
camino. Todo era risueño, todo bri-
llante, el dolor no existia para mi, el re-
cuerdo del pasado habian huido ó me
parecia sueño, sueño que hacia re-
saltar con mas brillantez la dicha que
gozaba; el fondo oscuro que hace resal-
tar los colores de un paisaje.

Si alguna vez he sido feliz en mi vi-
da, si alguna vez he encontrado reposo
en la senda sembrado de guijarros que
he recorrido, fué en aquel momento en
que, sin presumir que me esperaba una
noche eterna, gozaba de los últimos res-
plandores de ese astro de los corazones

que los hombres han llamado amor, y que yo llamaba Dios porque creia que aquello divina inspiracion, era parte del espíritu divino de él que venia á morar en algunos corazones privilegiados.

Quién pedrá arrebátármela ahora? me decia, quién podrá separarnos? No, áhora es mia, mia como yo soy de ella; su existencia entera me prteenece.

XXVII.

Trece meses han transcurrido desde aquella noche fatal, en que todas mis ilusiones fueron á sepultarse en la oscura tumba del imposible, y aun hoy que mi sufrimiento infernal no ha cesado, me admiro al sentir que mi corazon late aun, despues de haber contemplado el horrible cuadro, en que aquella noche vi trocados todos mis proyectos para el porvenir.

Si, desde entonces he vivido sin esperanza, sin ilusiones gratas; mis recuerdos mas dulces, han sido amargados por las mas infaustas realidades.

Y sin embargo, yo habia nacido para ser feliz!

Riquezas, hermosura, talento, y una brillante posicion social, eran las armas con que yo me habia arrojado á la lid, pero todo esto que yo creia una coraza impenetrable contra los embates de la vida, los vi caer destrozado el primer empuje de la sensibilidad del corazon.

XXVIII.

Mi pié pisó en el dintel de la puerta donde creia que era esperado por mi idolatrada Delia; mi corazon palpitaba anhelante, ardiendo en la mas pura llama de amor.

Mi mano trémula, oprimió el boton de aquella puerta!

¡Ay!! una nube rojiza oscureció mis miradas; mis manos se crisparon, cesó de circular mi sangre, se dilataron mis músculos y caí desfallecido, lanzando un grito agudo y penetrante, que aun hoy en medio de mis sueños, oigo vibrar en mi alma.

En vez del delicioso cuadro de amor que me había forjado en mi tránsito, encontré otro de luto y sangre, sangre que había ahogado mi porvenir; sangre que, regando la tierra, la había hecho estéril para mí.

XXIX.

La débil y rojiza luz de una vela, cuya pabeza había formado caprichosos dibujos, alumbraba la escena que voy á describir, y que el transcurso del tiempo no ha podido borrar ni borrará jamás de mi imaginación.

¡Ay! los pocos momentos felices que

gozamos en la vida, se olvidan fácilmente, porque esos placeres pasan como ráfagas por nuestra alma ansiosa siempre de otros mayores; no así los dolores que profundizan las heridas del corazón á medida que el tiempo va corriendo, matando en su tránsito nuestras ilusiones.

Los rayos de luz que se reflejaban sobre la pieza en que habia esperado gozar en los amantes brazos de Delia, un mundo de amor, me hicieron ver el espantoso desorden que allí reinaba. Sillas caídas, cristales rotos, mesas sacadas de su sitio, cortinas arrancadas en que se veían dibujados con sangre, los dedos de la mano crispada que las arrancára; y en medio de aquel caos, Delia, la dulce Delia, la esperanza de mi vida, mi amor, mi felicidad, mi paraíso terrenal en fin, caída en medio de

su precioísima sangre, de la cual por cada gota hubiera dado uno de esos pocos recuerdos dulces de mi vida, que me servían de consuelo en medio de mis amarguísimos dolores.

Desesperado, frenético, loco de desesperación, me arrojé sobre aquel cuerpo inerte, pensando que el calor de mis labios, que los latidos de mi amante corazón, lo harían volver á la vida, para mirarme dulcemente, como lo hacía en los tiempos felices en que cobijados á la sombra de nuestro querido ombú, gozábamos las delicias de ese mundo ideal, lleno de perfecciones, que solo saben forjarse los corazones que aman con la pureza y fé que amábamos nosotros, pobres ovejas descarriadas del redil, y que habíamos ido á precipitarnos en medio de la tropa de lobos hambrientos que empezaban á devorarnos.

El dolor había paralizado todas mis facultades, ya no veía mas que el cuerpo de mi amada, y mi alma toda estaba fija en una idea.

¡Seguirla!

Sí, esa hubiera sido mi suprema felicidad. ¿Qué me esperaba en el mundo? ¿Hallaría algún alivio á mis dolores, donde cada objeto me recordaria una perfeccion de mi amada, donde cada ruido de la naturaleza me recordaria el timbre dulcísimo de su voz? ¿Qué seria el mundo desde entonces para mí? Las flores habrian muerto, los pájaros que poblaban el bosque donde habia sentido el primer aguijon de aquel amor profundo, habrian callado; la luna dejaria de despedir sus ténues rayos, tan llenos de misterio y poesia; el sol no prestaria sus visos nacarado á las nubes en las frias tardes de in-

vierno; la naturaleza entera callaría, permanecería muda ante mi dolor; mis miradas lo verían todo al través de la sangre de mi Delia, y no oiría ninguno de aquellos melodiosos timbres del cántico de alabanza que eleva la naturaleza al Eterno; porque todos estos ruidos serían acallados por el último ¡ay! de Delia, que me parecería oír siempre; por el último llamamiento con que debió haber pedido mi auxilio.

XXX.

No sé como he podido llegar hasta aquí! No sé como he podido recordar sin morir, aquel momento de angústias!

Para ello me ha sido preciso abrir de nuevo mis heridas mal cicatrizadas que están ahora destilando sangre. ¡Ay! el recuerdo de los dolores profundos, no muere jamás, el acerado dardo con que continuamente lastiman el corazón,

aguza su punta á medida que el tiempo vá corriendo!

Pero que me importa tanto dolor? El dolor cuando ha llegado al punto que ha llegado el mio, es el remedio al mismo dolor. El doblega el cuerpo, lo debilita hasta arrojarlo en brazos de la muerte, y una vez allí, todo se acabó; el alma va á gozar de ese mundo nuevo, misterioso para nosotros, pero lleno de placeres, por cuya conquista permitió Dios que su hijo regara la tierra con su preciosísima sangre. Allí van las almas que en la tierra solo han encontrado martirio, porque el dolor las purifica á los ojos de Dios que no nos crió para vernos padecer eternamente.

¡Oh! tan seguro estoy de que no tendré que esperar mucho tiempo, que me apresuro á escribir estas líneas porque quiero que mis desgracias sirvan de

ejemplo á los que se dejan arrastrar por esa dulce melancolía que nos embriaga, al pisar los dinteles de la vida de hombres. Es fatal, porque nos seduce con promesas seductoras que en el mundo son sueños, porque no puede haber verdad donde la mentira y el fingimiento reina despóticamente.

XXXI.

Los dolores profundos, los que tienen el alma por blanco de sus tiros, destrazan progresivamente el corazón; pero cuando cada pedazo desprendido se ha ido á perder en el vacío, unido á una ilusión, todas las fibras tiernas se adormecen, dando al alma una tranquilidad ficticia, que solo es una tregua para que puédamos medir la profundidad del principio en que hemos caído.

Cuando hebe llegado á ese estado: cuando mis facultades todas paraliza-

das me permitieron olvidar por un momento mi dolor, si se puede llamar olvido aquel momento en que la intensidad del padecer llega á forjarnos un estado de tranquilidad de que estamos muy lejos, mi vista corrió toda la habitación, busco un *no se qué* inexplicable; un cable para salvarme tal vez. Aquellos momentos son inexplicables porque nada sentimos en apariencia, porque el dolor tiene el poder de apagar los rayos de inteligencia que el Eterno depositó en nosotros á fin de que pudiéramos comprender su existencia.

— Vagando mi vista de un punto á otro, pero sin atreverse á mirar el cadáver que tenía á mis piés, fué á fijarse sobre una carta lacrada de negro que estaba sobre una mesita de luz, al lado de un puñal teñido en sangre que sin duda era de Delia. Un rayo de inteli-

gencia, ó ese desco infinito, incompreensible, que nos conduce á averiguar la causa de nuestros males, como si eso los pudiera evitar, me condujo hasta aquella mesa que encerraba un secreto que mas me hubiera valido ignorar.

Trémula mi mano, y sin que yo pudiera darme cuenta de lo que hacia, rompió aquel sello fatal, y fijándose mi vista en aquellos caracteres desconocidos para mi, leí lo que sigue:

“Caballero :

“No os conozco, no sé quien sois, y sin embargo, voy á destrozor con placer, vuestro corazon. Yo soy el padre de la mujer á quien habeis amado tanto y que aun en este momento acabo de estrechar entre mis brazos, con todo el cariño de un padre amoroso.

“Voy á heriros en el corazon por que vos habeis destrozado el mio; voy

á arrebatáros todo lo que puede hacer os amar la vida, porque vos me habeis arrebatado lo que tenia de mas precioso y lo que amaba sobre todas las cosas; voy á hacer del mundo para vos, un infierno, porque vos lo habeis trocado en algo peor para mí. Yo os arrebató vuestro amor, en tanto que vos me habeis arrebatado mi amor y mi honor.

“Sin embargo, no os aborrezco, porque no tengo valor para aborrecer lo que ha amado mi hija, pero el dolor es egoista y para aliviarse, necesita saber que existe otro dolor igual.

“Me figuro las mil impresiones dulcísimas que halagarán vuestro corazón en este momento, me figuro también el dolor profundo que va á romper todas las fibras de vuestro corazón, y os compadezco; pero no está en mí, poder detenerme en la pendiente rápida en que

me he lanzado. Toda mi vida he corrido tras una idea que tal vez ha sido la única causa de que nunca haya gozado uno solo de esos placeres que solo conozco por intuición, esta idea ha sido el honor, el honor que es la única divinidad que he reconocido y acatado.

‘Hasta hoy, habia conservado mi nombre con todo el lustre y pureza con que me lo legó mi familia, á lo menos asi lo he creído, pero ha llegado un momento en que la fatalidad ó mas bien dicho, el amor representado por vos, enemigo con quien no habia contado, ha venido á echar en él un borron que solo con sangre se puede lavar.

“Yo habia destinado mi hija para ser esposa del hijo de un amigo á quien amé con toda mi alma. En su lecho de muerte dile mi palabra de que mi hija no perteneceria a nadie, sino pertene-

cia al suyo. Esclavo de mi palabra como debe serlo todo el que abrigue en su pecho los santos principios del honor, quise obligar á mi hija á que aceptara el esposo que yo le habia destinado; yo sabia que os amabais, y por eso me apresuraba á llevar á cabo aquel matrimonio. Mi hija se resistió confesándome su amor, y empleé la ternura de padre para convencerla; no fué suficiente, y ordené. Cuando yo creí que la palabra dada á mi amigo, iba á quedar cumplida, mi hija huyó porque os amaba y era amada de vos; anteponiendo vuestro amor al cariño de su padre—¡Dios lo ha querido!

“Estas esplicaciones os harán comprender, que no es crueldad la que me induce á martirizaros, es una necesidad á que no puedo resistirme.

“Mi hija en este momento me mira

tiernamente, por que cree que apruebo su amor; y efectivamente, en el fondo del corazon lo apruebo, y me alegra que goce este momento de felicidad por eso la deajo ignorar la suerte que la espera.”

Aquí los caractéres comenzaban á ser ininteligibles, y el papel estaba manchado con sangre.

“Acabo de hundir en el seno de mi hija, el puñal que encontrareis al lado de esta carta, y que os deajo porque yo no podria mirarlo mas. Pensad en el dolor profundo de un padre que arrebató la vida de una hija que ama con toda su alma, y consolaos de la vuestra.

“Mi hija al lanzar el último suspiro, me dijo que os dijera que muere amando; se lo prometí y cumplo, porque su última voluntad es un mandato para

mí; ¡Tambien á mi me ha perdonado!

“Gracias, Dios mio, he muerto á mi hija, pero la mancha de mi nombre ha sido borrada!

“Su último instante ha sido terrible; no queria morir sin veros, pero yo he sido cruel por que despues, no hubiera tenido bastante valor para ejecutar mi proyecto, y hubiera tenido que arrastrar hasta el fin de mi vida, la carga pesada de un nombre manchado.

“Mañana deben celebrarse las esequias de mi hija, que todo el mundo debe creer muerta en mi casa, espero que asi lo divulgareis.

“Creo que no necesito recomendaros el silencio sobre este desagradable asunto: soi caballero y esto me basta....

“El misterio!....

“¡Maldicion!!!

“Yo, el hombre puro, el que creia

llevar un nombre sin mancha, he teñido mis manos con sangre humana; soy... ¡¡asesinol!!

“Un momento de reflexion ha sido suficiente para hacer rodar ese castillo de razones ilusorias con que he querido desculpar mi crimen.

“Toda una vida de sacrificios, perdida por un momento de embriaguéz.

“Despues de haber hecho estéril mi existencia á fin de poderme parapetar tras esa palabra vacía de sentido, despues de haber sacrificado mi tranquilidad por conservar lo que los hombres llaman honor, he venido á pisar el último escalon del crimen—¡soy el asesino de mi hija!

“Tal vez Dios me perdone, pero el mundo ¡¡jamás!

“Me perdonareis vos?

“Adios, ahora no me atreveria á mi-

raros de frente—soy el asesino de vuestra esposa. Dios mio, Dios mio! yo me abraso, mi cerebro arde--me siento morir.

“¡Oh! gracias, Dios mio. Sí, moriré pronto y este es mi único consuelo, aunque en el último momento de mi vida oiré vibrar en mi oído la terrible palabra—¡ASESINO!

“El honor mal entendido, tambien arrastra al crimen.”

XXXII.

Afuerza de recordar mi pasado he ahondado la herida de mi corazón, Hoy siento mis dolores, mil veces mas punzantes que en aquellos tiempos en que, despues de haber visto á la naturaleza que me sonreia, vi al mundo cubierto de luto al traves de un espeso velo color de sangre.

Pero el recuerdo de la muerte trájica

de Délia, angel de mis amores, ha venido ha arrebatarme la última chispa de vida que aun sentia correr por mis venas. Apenas he tenido fuerzas suficientes para leer aquella terrible carta, por la cual se puede juzgar á los mortales desnudos de todo engaño y artificio.

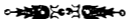
Así como yo habia corrido tras ese deseo infinito de amar y ser amado, el padre de Délia, habia corrido tras ese fantasma vano que los hombres llaman honor, y que para ellos es una divinidad completamente separada de la virtud.

Otros corren tras las riquezas; otros tras una posicion social, otros tras la inmortalidad, y todos hallan al fin, un **dolor y.... ¡una tumba!**

EL MULATO.

SONETO

Con que tuvo á bien obsecuiarnos
nuestro buen amigo M. A. P.



Hay en la queja del mortal que jime
Un acento de pena que conmueve,
Y en todo pecho su murmurio leve
Con su ala turbia compasion imprime.
Que humano corazon, que alma se exime
De esa triste impresion, si no es de nieve?
Quien al escárnio relogar se atreve
Cuanto hay de santo, celestial, sublime?
Esa queja Loiseau, que mástia vuela
En la tierna espresion de ese cariño
Con que dedicas tu sin par novela;
No hay pecho de hombre, de mujer, de niño
Que á su triste sonar guarde el encanto
or que es tu queja manantial de llanto.

Tu amigo.

FÉ DE ERRATAS.



Página 15 línea 20, donde dice, anto, léase santo.

Página 25 línea 11, donde dice, sceletes, léase celestes.

Página 26 línea 4, donde dice, sabia, léase sávia.

Página 26 línea 15, donde dice, onhelaba, léase anhelaba.

Página 27 línea 7 y 8, donde dice, nunca habia podido creer sonos, léase nunca habia podido creer en esos misteriosos sonos.

Página 30 línea 2, donde dice, dilataban, léase deleitaban.

Página 46 línea 1, donde dice, lasb risas, léase las brisas.

Página 48 línea 8, donde dice, hubiera crecido, léase hubiera creído.

Página 56 línea 1, donde dice, amezizaban, léase divinizaban.

Página 78 línea 10, donde dice, metat, leasc mortal.

Página 81 línea 16, donde dice, abundantes, léase abundantes.

Página 84 línea 9, donde dice, acab: léase acababa.



